¡ Qué siga la función !

La antigua plaza de las caballerizas estaba a rebosar[1] de aldeanos[2] que se habían traído sus sillas para asistir a la función. Velasco Flaínez se quedó de pie, muy cerca del escenario, y allí permaneció con los brazos cruzados y sonriendo, con la esperanza de reconocer a Agustina bajo su disfraz[3] teatral. La gente se encorajinaba[4] con don Rodrigo, el pretendiente al que doña Inés despreciaba, y le lanzaba vivas a don Alonso, el protagonista. Los focos[5] verdes, rojos, azules con que se iba iluminando la representación cautivaron a aquel público, que nunca había tenido un escenario con luces y escenografía moderna. La fantasía de los tules de las ropas de los actores, de sus trajes de lamé de plata, los colores de sus cabellos y de sus rostros pintados, los escenarios recortados en perspectivas angulosas, como las del cine expresionista, todo esto era lo que aquella compañía de universitarios estaba llevando en su barraca ambulante por los pueblos más atrasados y por las ciudades más adelantadas de España.

Al principio, cayeron unas gotas, y una vieja dijo que era un pajarito que se estaba meando,[6] ~~y su marido le preguntó que desde cuándo meaban los pájaros de noche, y ella le contestó que los pájaros meaban cuando tenían ganas igual que él se levantaba a medianoche para despertar a toda la casa con el repiqueteo de sus meados en el orinal.~~ Pero el retumbar de un trueno se impuso a esa conversación. El temporal sucedió a los truenos, y empezó a llover a cántaros. Los actores dudaron un instante, pero Federico García Lorca, que seguía la obra discretamente desde el escenario, les indicó con un gesto a sus compañeros que continuaran la representación, pues estaba viendo que el público no hacía ninguna señal de querer irse. Se venía el cielo abajo y nadie se despegaba de su asiento, y cada vez caía el agua con más fuerza, y corría la lluvia entre las piedras del suelo, lavaba las patas de las sillas y se arremolinaba en las zapatillas de aquellas gentes, empecinadas[7] en saber de los amores de doña Inés y don Alonso. Los actores declamaban empapados. Entre el público, las mujeres se echaban las sayas[8] sobre la cabeza, pero no se levantaban, y los hombres seguían la obra con la gorra calada hasta las cejas y encogidos bajo la lluvia. Velasco Flaínez continuaba con la mirada clavada en Agustina, que hacía de doña Inés, y todo el mundo estaba chorreando[9] y fascinado. Y Federico, detrás de los decorados, decía a sus actores con voz temblorosa: que siga la obra, que siga, si ellos aguantan, nosotros seguimos.

estaba a rebosar : la plaza estaba exageradamente llena de aldeanos.

los aldeanos : los habitantes del pueblo, aquí campesinos

un disfraz>disfrazarse = se déguiser

se encorajinaba con : ponerse furioso contra

los focos : les projecteurs

se está meando > mearse : hacer pis (pisser : vulg)

empecinadas : obstinados

las sayas :las faldas

chorreando > chorrear : dégouliner

***Todo lo que se llevó el diablo, Javier Pérez Andújar**, edición : Fábula Tusquets, Barcelona, 2013*
Páginas 83-84